

El huésped que se robó el corazón. Balance de la visita del Papa

José Luis González M.*

Quince días de distancia, tiempo en que escribimos estas notas, cuando no sólo se ha despedido a Juan Pablo II, sino también se ha desmontado el escenario, las emociones se han apaciguado, las misas dominicales católicas han recuperado su asistencia habitual, y las firmas promotoras después de haber vendido con fuerza arrolladora la visita del Papa, ya se han dedicado a vender sus productos que se han convertido, quizá como milagro remanente, en “los productos del Papa...” Después de todo esto, quizá sea posible realizar un balance más sereno de los hechos, que constituyeron un acontecimiento multidimensional sin precedentes en América Latina. Intentemos reducirlo a proporciones comprensibles sin olvidar la naturaleza específica de los hechos religiosos, pero sin soslayar, por otro lado, que ningún hecho religioso, por portentoso que aparezca, es solamente metafísico.

Condensación polifacética y multifuncional

Uno de los rasgos de la cultura postmoderna es la producción, comprensión y el tratamiento fragmentario de la realidad. Cuando se alcanza lo grandioso, no suele ser otra cosa que la magia virtual de múltiples nimiedades concertadas para producir un acontecimiento efímero. Sobre este aspecto que digo no conozco otro caso tan espectacular como el reciente despliegue de la IV visita de Juan Pablo II.

La enmarañada condensación de intenciones y significados aparece tan compleja y variopinta, que es necesario un mapa de ruta. La emoción dio colorido a las diferencias, por momentos las realzó en los personajes y las disfrazó en los diversos protagonismos, pero de ningún modo las borró.

* ENAH-ITAM

En una somera radiografía de intereses e intenciones que atravesaron el acontecimiento, al menos, podemos distinguir las siguientes:

a) La intención soberana y universal del Papa: recristianizar el mundo relanzando a sus iglesias de este continente hacia una nueva evangelización que permita recuperar la presencia moral, cultural y social, si no política, de la institución católica en la sociedad del siglo XXI. Todo indica que la Iglesia Católica (y esto es mucho más esencial que la contingencia de un pontificado) seguirá resistiéndose a ser marginada de la cosa pública. Ella está convencida y muchos sectores de la sociedad civil concuerdan con ella en este principio fundamental: "la causa del hombre" es demasiado importante para dejarla abandonada en las manos de los políticos. Naturalmente, Juan Pablo II tiene claro que no quiere a funcionarios eclesiásticos ¡excepto sus nuncios! enmarañados en las minucias de la política partidista y electorera. Pero la cosa pública es mucho más que eso.

b) Otra línea interpretativa se deriva de "la razonable pretensión de la Iglesia Católica Mexicana" por reforzar su posición de fuerza social insoslayable ante una sociedad y su gobierno, que necesita de todos los recursos para lograr una reconstrucción moral (demandada por todas partes), y la credibilidad de las instituciones. En el carro de esta gran intención, naturalmente iban montados diversos aurigas que trataban de sostener la brida siquiera en algún recodo del camino: adalides de las demandas de una educación religiosa; de la lucha contra el aborto y contra la política poblacional; de la denuncia de la inoperancia de la lucha contra la corrupción; del permanente ánimo de defraudación moral, política y económica de amplios sectores de la población; de la desilusión por el estancamiento de la cuestión indígena; de la creciente ampliación de la frontera de la pobreza, etcétera. Cada uno de estos problemas, como sabemos, ha tenido sus portavoces recurrentes en los últimos años; ahora —en la coyuntura de la visita— se trataba de forzar el pulso.

c) "En el frente eclesiástico interno" la visita demostró ser también una prueba de poder para varias corrientes. Aquí las intenciones apenas disimularon las tensiones. No recuerdo otra visita en la que tanto cuidado y medios se hayan invertido en asegurar la "interpretación oficial" del acontecimiento. Es claro que no a todo el episcopado mexicano le agradó la exhibición de fuerza y mangoneo de los Legionarios de Cristo. Sin embargo, las más altas esferas eclesiásticas del otro lado del océano, les concedieron esta incomparable oportunidad de legitimación ante la sociedad mexicana, al encargarles el importante cometido de mostrarse como "modelo" del proyecto eclesiástico hoy hegemónico. Evidentemente, esto no habría sido posible sin el consentimiento de sus hermanastros del *Opus Dei*, infinitamente mejor situados en la escala del poder.

En el paroxismo de esta frenética necesidad por asegurar la versión correcta y ortodoxa de la trascendencia de la visita, los deseos y los fines del Santo Padre, TV Azteca —que luchó a brazo partido por acaparar la presencia del Papa en tierras mexicanas—, no dudó en poner a José Ramón Fernández como caja de resonancia y de audiencia para que un grupo de sacerdotes y consagrados de los Legionarios dieran su catequesis. Nunca habíamos visto a este prestigioso conductor deportivo tan manipulado, tan perdido y tan callado ¡esto último, al fin y al cabo, fue sabiduría! La guerra comercial e ideológica para recibir a este misionero de la paz era feroz; cada firma ponía sobre el tablero sus mejores fichas. Todo esto fue tan real como las multitudes. Cada quien vendía mientras dispusiera de algo que podía tener precio.

Este papel tan destacado que desempeñaron los Legionarios de Cristo puso en evidencia la ausencia del padre Maciel, fundador de la institución; me imagino que para muchos de sus hijos y devotos su ausencia habrá dejado incógnitas, que sus intérpretes oficiales habrán disipado por razones de edad, enfermedad o, incluso, humildad heroica. Pero seguramente no está más enfermo que el Papa. Y, sin embargo, no estuvo para cosechar los frutos de una legitimación (quizá ya tardía si no imposible) que le habría podido llegar con valor, casi, de una beatificación informal. Seguramente, no fue casualidad su ausencia. Después de todo, aun contando con el enorme carisma del Papa, la Iglesia no está para despilfarrar su capital moral que no es ilimitado y que tiene que comprometer en las mejores causas.

En la perspectiva de este frente interno, la visita de Juan Pablo II había desatado cierta curiosidad e intriga en torno a una posible intervención de su parte sobre el liderazgo católico en Chiapas. Las fricciones y confrontaciones de baja y mediana intensidad entre episcopado y gobierno por el asunto chiapaneco, en los últimos meses, elevaban la intensidad de la expectativa. Una confusa frase del Papa a los periodistas, en el avión que lo traía a México, en torno a la Teología de la Liberación y a la Teología India permitió a algunos anunciar que el hacha de guerra venía entre su equipaje. No hubo nada directamente referido a Chiapas pero sí sobre el problema indígena. Tampoco hubo ninguna señal, ni remota, a favor de la Teología de la Liberación. Algunos, quizá con una lucidez y perspicacia que nos es negada a los mortales, aseguraron que Juan Pablo II había dado un espaldarazo importante a esa corriente teológica. No, si dejando de lado las fantasías, debemos reconocer que el Papa, en ese punto, se mantuvo en su línea de pensamiento habitual: un humanismo cristiano y un institucionalismo eclesiástico, ambos profundamente condicionados por su experiencia personal e histórica de su insurgencia moral y nacionalista contra el régimen comunista. La Teología de la

Liberación, precisamente por lo que tenía de cercanía analítica con el marxismo, mucho antes de ser él Papa, era un tema incomprensible para Wojtyła y para una iglesia forjada en su lucha contra un Estado marxista.

d) Los políticos y los empresarios vivieron a su modo el acontecimiento. Unos rígidos, forzados y acartonados, parecían no saber cómo conducirse frente a este personaje singular y desconcertante: es Jefe de Estado pero no venía como tal; es huésped pero uno intuye que, en cada palabra, es como si clavara el bisturí en zonas afectadas; es ajeno, pero está tan dentro en el corazón y en las convicciones de tantos mexicanos que aplicarle el calificativo de extranjero suena a impostura; es funcionario de lo religioso, pero cada vez que se refiere a los problemas de la tierra, muchos se sienten aludidos porque refuerza los reclamos de unos y cuestiona las sinrazones de otros. Pero, de todas formas, en este plano nada hubo gratuito y no hay forma de evitar la tentación de interpretar las señales que cada quien emitió, dentro del escenario tan singular de la coyuntura México-2000.

De esta manera, el Papa, no obstante su paso fugaz, quedó incorporado a los acontecimientos que se preparan, aunque sea demasiado pronto para adivinar en qué escena precisa le harán aparecer, qué parlamento le atribuirán y a qué carro tratarán de uncir su imagen. Se sabrá. Por el momento, las empresas que vendieron su visita ahora han puesto al Papa como vendedor de sus productos; y si no pregúntele a Telmex, Apasco, *Excelsior*, Televisión Azteca, Televisa, etcétera. El 15 de febrero, ocupando dos tercios de plana del *Reforma*, se podía leer: "Los vinos L.A. Cetto se enorgullecen por haber sido elegidos para agasajar a Su Santidad Juan Pablo II, así como a los Obispos y Cardenales participantes en tan importante evento para México y para toda América". Es su negocio y sabemos que el capital, entre otras cualidades que tiene, es apátrida y arreligioso. En esos mismos días, las imágenes del Papa y de la Virgen de Guadalupe impresas en varios productos, eran barridas en las calles mientras la ciudad recuperaba su calma y su precaria limpieza. Es difícil exonerar a los perspicaces organizadores de la visita del deber de haber pensado en esta inevitable degradación del símbolo. Los medios y el mercado difunden y globalizan, es cierto, pero, a la vez, trituran, fragmentan y degradan. Cabe preguntarse si no se pagó un precio demasiado alto por beneficios tan discutibles.

Los resultados son otra cosa

Situado el escenario y los actores, pasemos a las escenas principales. Los acontecimientos masivos y las expresiones de fervor religioso de las multitudes en torno a la persona del Papa no tuvieron precedentes. Definitivamente ya es impo-

sible llegar a discernir la capacidad de convocatoria de este gran símbolo polifacético que es Juan Pablo II y la proporción del "milagro" que hay que acreditar a los medios. Las dos cosas son ciertas: nunca Juan Pablo II fue tan tratado y maltratado por la lógica del mercado; nunca mostró (en otro país que no sea, quizá, su país natal) una fuerza de convocatoria sostenida como esta vez en México. Pero al despedirse nos quedó la duda de cuánto se le debe atribuir a su persona y a las expectativas que las masas tienen ante ella, y cuánto de lo ocurrido fue una exhibición del poder montar y desmontar realidades virtuales que tienen los medios de comunicación.

Cualquiera que sea la opinión que tengamos al respecto, junto con el Papa, el otro gran protagonista del acontecimiento fue el pueblo, las masas que, sin tener acceso a una misa privada en la nunciatura, ni poder formar vallas como la gente bonita de universidades católicas, vieron y vivieron en esa figurilla frágil que arrastra, sin disimular su agonía por el mundo, un símbolo de lo sagrado y una ventana hacia lo Otro. Hemos escrito mucho sobre este acontecimiento singular. Se han ensayado interpretaciones muy variadas sobre el fondo, el medio fondo y la superficie de los hechos. Probablemente todas tuvieron algún ángulo certero. Sin embargo, al modo como quien observa minuciosamente la ingeniería de un reloj y no repara en la hora que marca, muchos pasaron por alto la dimensión religiosa apabullante de los acontecimientos. Y eso fue lo que principalmente vivió la multitud y, por eso se movilizó y se dieron los acontecimientos. La gente rezaba desde la espera insoportable y desde el esfuerzo heroico para acceder a los sitios, la masa buscaba el beneficio del poder sagrado desde la precariedad de sus vidas. Nuestra lógica universitaria no podía seguir con agilidad esa corriente de sentido extravagante en las fronteras del Tercer Milenio. Un instante fugaz (frecuentemente con niños o personas de edad), para esa gente era poca cosa comparado con una noche en la banqueta o dos noches de espera en el Autódromo.

La lógica de nuestros análisis científicos no puede alcanzar la paradoja, de un instante convertido en eternidad de sentido. Pero debemos tener, al menos, la elegancia de respetar, como diría P. Berger (55), esos constantes y nuevos mundos de significación que el ser humano crea (¿o será que los descubre?), porque tienen mayor sentido para su vida que el propio oxígeno. Esta necesidad parece no haberse desvanecido con la modernidad y el progreso; y esa es una de las dimensiones más desconcertantes que presenta el hecho de dos millones de gentes que, sin haber podido materialmente ver al Papa, regresaban del Autódromo a sus casas, "satisfechos de haber estado con él". Esta gente no se ha enterado de que llevamos más de dos siglos de secularización de la sociedad y de ser habitantes de "un mundo desencantado", en la terminología de M. Weber.

Locos, extravagantes o cuerdos que se resisten al sinsentido, para mí que estas multitudes estaban gritando algo mucho más profundo que los *slogans* que la batura de los mangoneadores de oficio orquestaban como si al hecho le faltase vida y color. Que los entendidos nos descifren si lo que vimos es fanatismo o, es una radical orfandad de liderazgos públicos en este fin de siglo; que los expertos nos digan si fue una demostración de fuerza católica institucional o una muestra de persistencia de lo religioso popular que explota ante una hierofanía pero que, a la vez, guarda el margen de autonomía respecto a la institución.

Durante todo el pontificado de Juan Pablo II, sus actos multitudinarios han sido diálogo de sordos (en el plano racional de la intención oficial), y una apoteosis de empatía en el plano emocional de las masas. Los expertos del Vaticano, y de fuera, saben que estas superconcentraciones no significan una creciente adhesión a la visión de la vida que el Papa promueve, a los valores que él predica y al proyecto de estructura eclesiástica que él representa. Lejos de retener a las multitudes en los templos, la imagen del Papa es incorporada a la lógica de la cultura de la postmodernidad con todo lo que tiene de contingente, de fragmentación de los "grandes relatos", de religiosidad parainstitucional, etcétera. En pocas palabras: promueve el sentimiento religioso pero no la adhesión institucional. Por eso, después de sus visitas no se revierten las estadísticas de crecimiento de la feligresía de otras asociaciones religiosas; la juventud que lo aclama no cambia en cuanto a sus comportamientos sexuales prematrimoniales; los católicos divorciados no quedan con la conciencia intranquila aunque hayan pernoctado en el Autódromo esperando con devoción el encuentro; las familias católicas no alteran sus prácticas de control de la natalidad; los empresarios que promovieron el aparato de su visita no dejarán de recortar al personal para incrementar sus ganancias, a pesar de haberles concedido una misa privada en la nunciatura, etcétera.

Parece claro que, si la Iglesia Católica quiere trascender en lo que es la configuración cristiana y humana de la cultura del milenio que viene, tendrá que enfrentar aspectos mucho más profundos y estructurales de su modo de ser, de actuar y de relacionarse con la sociedad.